
NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.

Sentéme á la sombra del que había yo deseado, y su fruto es dulce al paladar mio.

(CANT. II, 3).

Cuando la voluntad apetece un objeto con ánsia, ¡cuán activa y perseverante vá á la consecucion y goce de él! Cuanto puede retraerla de lo que ama ó impedirselo, todo lo huye, todo lo aborrece, porque su propension es hácia el bien que abrazó como deleitable. No es un delito amar; el hombre sin amor no sería racional: Dios mismo no está exento de él, y lo posee en un grado tan sublime, que iguala con la infinidad de todos sus atributos. El amor es como el alma y la vida de todo lo criado; y si su influjo empezó á manifestarse desde el primer efecto que produjo la palabra primera que habló Dios, así continuará, sucesivamente, hasta dar impulso á la última operacion que ejerza el último de los hombres. Todo esto, que es una verdad en el orden de la naturaleza, no lo es ménos en el de la gracia. El amor hizo bajar del Cielo á la tierra al Hijo de Dios: el amor le revistió de nuestra carne y le sujetó á nuestras miserias: el amor le condujo al patíbulo, le arrancó del número de los vivientes, abrió las puertas del Paraíso; y el amor, en fin, lleva á unos á la eterna felicidad y á otros á una perdurable desventura. ¡Qué reflexiones, qué ideas tan sublimes nos ofrece el amor en el orden sobrenatural y en la esfera de la gracia! ¡Un Dios que nos redime á todos! ¡Unos que se pierden, otros que se salvan! ¡Qué diversidad! Pues todo es efecto del amor hácia diversos objetos. Si la voluntad se resuelve por la honestidad y por la virtud, la felicidad del hombre es indefectible; mas es irreparable su perdicion si un bien aparente y falaz termina sus deseos. El hombre ha de amar por preci-

sion: en su mano está decidirse por la virtud ó por el vicio... ¡Almas dichosas, que os resolvisteis por la virtud! decidnos vuestro placer, hacednos participantes de lo que sentís en aquella deliciosa calma en que os gozais con Dios, aquellos dulces deliquios, aquellos coloquios suaves con que los entreteneis en el lecho de Salomon, aquel fruto de amor que tan bien os sabe y que comeis recostadas á la sombra de vuestro amado. Cristianos, no son las palabras, la experiencia sola puede convencernos de esta inefable suavidad: acojámonos á la sombra de María santísima de los Desamparados: consagrémosle nuestra voluntad, y nuestro amor será dulce y hermoso; y el fruto que cojamos bajo su proteccion nos será grato, nuestro paladar se endulzará, se henchirán nuestras almas, y mereceremos toda la felicidad que nos promete el grandioso título de los Desamparados, que es la dulce invocacion con que se nos dió esa soberana Reina, y bajo la que le tributais estos solemnes y magníficos cultos. Esta es la idea que voy á explanar en este rato. Acudamos á implorar la divina gracia, y pongamos por intercesion á esa misma Señora, á quien saludamos reverentes: A. M.

No me he propuesto demostrar la existencia del amor en todo lo criado. Si las cosas invisibles, en sentir del Apóstol, se han de conocer por las visibles, el conocimiento del amor profano debe elevarnos á conocer el amor divino; y el deleite que en nuestros sentidos resulta de la posesion de lo amado, debe excitarnos á la adquisicion de aquel dulce objeto, que con su posesion es el placer y las delicias del espíritu. El cuerpo y el alma tienen entre sí una diversidad inmensa; por consiguiente, el espíritu no puede gozarse sinó en un bien que, como inmaterial, sea sobre la esfera de los sentidos. El que abrumado de las pasiones no ha gustado aún la celestial dulzura, no conoce esta verdad: los sentidos, el cuerpo, su vientre es todo su Dios, y las tinieblas, y los precipicios y las cadenas todos sus placeres. Pero el justo, el que elevado sobre su carne buscó en su corazon los impulsos del alma, en el momento renunció los placeres terrenos, porque descubrió una senda que conducía al palacio de las dichas, y que enderezaba los pasos á la casa de aquel Dios, que embriaga á los suyos en la copa de sus delicias. Cristianos, dejemos para el hombre animal el inmundo cieno: gocémosnos siquiera estos cortos instantes en el lecho de Salomon, y preguntemos despues á nuestras almas lo que vieron y lo que gozaron en la casa del Señor. Incorporémosnos para esto con la esposa feliz de los Cantares, y des-

pues de haber pedido con ella al Esposo celestial lo que pertenece á la salud y á la perfeccion, despues de haber admirado las dotes y las gracias del Salomon divino, viéndole con toda la frondosidad del manzano entre los árboles de las selvas, digámosle con la mayor efusion... Mas no, cristianos, no tan pronto nos engolfemos en el piélago de aquellas inefables delicias, de las cuales no pudo dar razon San Pablo, testigo ocular de las mismas. La consideracion del Esposo, cual lo describe el Sábio, no es aún para nuestras almas: el amor terreno no se alejó aún tanto de nosotros, que sin el peso de la carne podamos libremente elevarnos á Dios... y por esto, por esto hemos de carecer de los placeres que se gozan en la casa del Señor. No será así: vamos en busca de la amante Esposa, y despues de considerarla como la flor del campo, como el lirio entre las espinas y como la amiga entre los hijos, llenémonos de la mayor satisfaccion, porque encontramos ya á la Reina del Esposo, á la que mereció su amor, y á la que, como otra Esther, puede merecernos la gracia y la amistad en sus divinos ojos. Dulce Madre; ¿y mereceremos vuestra intercesion? ¿Y podremos cantar vuestras misericordias en la casa del Señor? Y los que perdimos el derecho para presentarnos directamente á vuestro Hijo, ¿podremos hacerlo por Vos? ¿Y podrán nuestras almas henchirse por vuestro conducto de la dulzura celestial? Y la certeza de nuestra fé ¿hallará en Vos alguna seguridad que la afiance? Sí, cristianos; el título de Desamparados es el fiador de nuestra felicidad: no se frustrará ninguno de nuestros recursos á María, y nos gozaremos en la casa de Dios, y su fruto será dulce á nuestro paladar, porque le cogemos, porque nos saciaremos de él á la sombra de esa divina Madre. Entónces, hirviendo estará nuestro pecho en sublimes pensamientos, y colocados bajo el manto de esa Reina de los Desamparados, diremos con el mayor placer: Bajo la sombra de quien amaba me senté, y su fruto es dulce á mi garganta. No hay placer, hermanos míos, no hay consuelo que iguale al de una alma que pudo pronunciar estas palabras con toda verdad; y si alguno de vosotros ha sido tan feliz, ya lo sabe por experiencia, y nadie mejor pudiera demostrarlo al resto de mis oyentes. Pero al fin, es menester que tratemos todos de conocerlo así, y el amor á María santísima de los Desamparados nos conducirá á tan sublime conocimiento y al goce de innumerables delicias.

Léese en el sagrado libro de los Jueces, bajo la parábola que propuso Joatham á los varones de Siquem, que tratando los árboles de elegirse un rey, despues que el olivo, la higuera y la vid se exeu-

ron de mandarlos, accedió la zarza á la súplica, y ántes de coronarse sobre ellos les dijo: Si en verdad me quereis rey vuestro, venid y descansad bajo mi sombra; mas si no quereis, caiga fuego de mí y abrase los cedros del Líbano. No es menester fatigarnos en buscar razones para la aplicacion de esta parábola: las diversas calamidades que ántes de poseer algunas ciudades á su Madre de Desamparados las afligieron, exigía una mano poderosa, una mano benéfica que restituyese la serenidad, y que embotase la espada vengadora de la divina justicia. ¡Reliquias de nuestros padres, venerables cenizas, que en medio de la frialdad del sepulcro humeais todavía á impulsos de aquella ardiente fé que os animó entónces! dadnos un testimonio de vuestra felicidad, haced que amanezca á nuestros ojos aquella aurora dichosa que amaneció á los vuestros, cuando postrados, llenos de lágrimas en la presencia del Señor, le suplicabais que calmase vuestros males, disipase las nubes y os dejase ver la claridad del sol. Mas no turbemos el silencio del sepulcro: la irrefragable tradicion basta á convencernos, pues con el recuerdo de esa dulcísima Madre nos lo demuestra. Nuestros padres creyeron, y lo creyeron con razon, que fuera del amparo de María no podían enjugarse sus lágrimas; y aunque diferentes reinos y provincias habian experimentado su favor, venerándola bajo casi infinitas y cristianas advocaciones, el título de Desamparados era más análogo á su situacion infeliz, y lo juzgaron más característico de aquella Señora, á quien en el Calvario encomendó su Hijo el cuidado de Juan. A un mismo tiempo la aclamaron por su Reina y protectora: á su sombra se acogieron como á la sombra de la que amaban; y el fruto de esta zarza celestial y el precioso fruto de su amor fué grato al paladar de nuestros padres, y sus almas rebosaron en mayor felicidad que la que prometió el rey de los árboles á los que le habian elegido. ¿Se perpetuará en nosotros el reinado de la Virgen de los Desamparados? Sí, cristianos, nuestra será la felicidad, si como los árboles nos ponemos á la sombra de esta zarza misteriosa. La Virgen de los Desamparados tomó á su cargo nuestra defensa y seguridad; pero los frutos de su proteccion no endulzarán nuestras fauces si éstas no se disponen para percibir la dulzura celestial con el desprendimiento de lo terreno.

Porque siendo el amor á manera de una vida, que une ó que desea unir al amante y al amado, el que ha de amar á María de los Desamparados es menester que se una á esta soberana Reina por medio de una misma vida, y no de otra suerte participará de su benéfica sombra maternal. El tomar en boca el nombre de Desamparados, el decir

que tenemos fé en su amparo maternal, se hace muy fácilmente; mas no está vinculado á eso el amor y la gratitud que exige de nosotros la Reina de los Angeles. El que no conforma su voluntad con la del príncipe, el que no se somete á su ley por razon de un particular interés, el que no ordena todos sus actos al bien de la justicia, éste, en vez de adquirir un derecho á las bondades de su soberano, es un discolo que desmerece sus gracias y se hace acreedor á los castigos; ¿y se persuadirá alguno, que á la sombra de la Virgen de los Desamparados hallarán proteccion los delitos y los desórdenes? Bien nos ha convencido de lo contrario una lastimosa experiencia: los males que nos han afligido los ha presenciado todos esa amantísima Madre, nos ha visto llorar, y en medio de su bondad permita nuestra afliccion para que viniésemos en conocimiento de nuestras miserias, para que no presumiésemos de su misericordia, y para que poniendo freno á nuestros vicios ofreciéramos en sus aras un corazon contrito y humillado. Cada uno de nosotros es un abonado testigo del progreso que la maldad ha hecho en nuestros dias, y cada uno sabe tambien las desgracias que ha llorado; luego debemos todos convenir, en que la falta de correspondencia al amor de María de los Desamparados eslabonó esta cadena de males, que nos redujo al deplorable estado de nuestra infelicidad. Y ¿qué sería de nosotros, qué hubiera sido de nuestra existencia y nuestros intereses, si nuestra dulce Madre nos hubiera entregado á las tinieblas de nuestra obstinacion? Así lo merecíamos; pero su bondad, su corazon amante no pudo consentir nuestra ruina: presenta á los ojos de su Hijo, en defecto de los nuestros, sus méritos sublimes, pide al Cielo piedad, insta en sus súplicas, interpone sus lágrimas... Cristianos, nosotros hemos visto la mudanza de nuestra situacion: cotejemos el estado en que gemíamos con el que ahora disfrutamos; consideremos al propio tiempo que no hemos mudado de vida, ni hemos reformado las costumbres, y habremos de convenir, en que el haber mejorado de estado es un beneficio particular de la generosidad de la Virgen. ¡Oh dulce Madre María! ¿y quién sinó Vos podía cambiar el aspecto que á vuestros misericordiosos ojos prestaba una nacion, que fué una de las primicias de la fé de Jesucristo, y que elegisteis por vuestra desde los dias de Santiago? Cristianos, heredad el celo de Matatías, y clamemos al Señor que se levante y disipe á sus enemigos. Confundid, Señor... pero más bien alumbrad á los que, sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, no tienen otro que Vos que dirija sus pasos por los caminos de la paz: disipad las nubes que se amontonaron

para oscurecer los entendimientos católicos: admiren vuestro poder, sorpréndalos vuestra bondad, y canten vuestras misericordias, aunque ciegos un día blasfemaron contra Vos. Si yo pensase hablar al que preocupado con las nuevas doctrinas busca maestros conforme á los deseos de su carne, me esforzaria á demostrar la falsedad y la mala fé del espíritu anticristiano; pero hablo á católicos, hablo á españoles que tienen su creencia en Dios, y que publican á voz en grito, que la Reina de los Desamparados los ha sacado del borde de su ruina. Con vosotros hablo, y os digo, y os repetiré sin cesar, que no se frustrará vuestra fé, que se desvanecerán todas las borrascas, que se completará vuestra felicidad; pero, si amais como debeis á esa soberana Reina. Los beneficios que hasta ahora nos ha dispensado, no deben fomentar nuestra inaccion: temamos, sí, que deje de favorecernos si no nos acojemos á su sombra con la imitacion de sus virtudes y con el cumplimiento de las respectivas obligaciones. Los frutos que á su sombra nos ha dado á gustar esta Reina inmaculada, ya veis cuán dulces son, cuán gratos á nuestro paladar; pues amémosla, obsequiémosla, rindámosle sin fin acciones de gracias; que su bondad no se olvidará de nosotros, nos mirará como á sus hijos, como á unos hijos de quienes quiso ser madre desde que se dió á nuestros padres bajo la prodigiosa invocacion de los Desamparados.

Sea así, Madre amorosa, acogednos en vuestro manto maternal, derramad sobre nosotros un torrente de gracias, proteged á nuestra nacion; y desde ese trono de gloria en donde os gozais con vuestro Hijo, admitid estos obsequios que os tributan vuestros devotos; y pues se esmeran en celebrar vuestras virtudes y daros particular culto, reciban más singularmente los efectos de vuestra misericordia. En fin, protegednos y amparadnos á todos en esta vida perecedera, asistidnos en el terrible trance de la muerte, y elevadnos despues á gozar en la gloria de Vos y de vuestro único Hijo, que con el Padre y el Espiritu Santo reina por los siglos de los siglos.